

Carta al Caballero de París

Ramón Fernández Larrea

MOSQUETÉRICO E INMORTAL JOSÉ MARÍA LÓPEZ LLEDÍN:

Si después del «accidente» de 1959 quedó realmente un hombre libre en la Isla, ese fue usted. Unos le dijeron vagabundo. Yo prefiero llamarle soñador, tal vez al único que le dejaron soñar su sueño de capas y espadas, de cortesías y castillos embrujados. Al resto nos cayó la zafra cañera de *fly* por el *center*; el arrempujen pujan del «palante palante», y se nos llenaron de tierra roja las uñas de los pies. Y soñábamos con que los rudos enemigos de cuadradas mandíbulas entraban a nuestras casas y violaban a nuestras abuelas. Las violaban en otro idioma, lo cual hace el acto mucho más incomprensible para la *psi*-*quis*. Y tuvimos durante tanto tiempo el puño en alto, que no me explico cómo la artrosis no es considerada una plaga en Cuba.

Vamos a dejarlo entonces un poco en lo de vagabundo, que suena más a libre albedrío, aunque realmente estaba usted loco de a viaje. Con guayabitos en la azotea. Con la mandarina resbalando. Con el coco seco. La motoniveladora seriamente averiada, pero de un modo dulce, tenue, peludo, que se diría de algodón. Y eso creo que pasó siempre, con un ligero intervalo de asquerosa lucidez, que se puede acotar entre su nacimiento, el 30 de diciembre de 1899, en la aldea de Vilaseca, a 29 kilómetros ovejeros de Fonserrada, provincia de Lugo, y el día que salió libre, de un vivac o del Castillo del Príncipe, con un traje diseñado especialmente por el cardenal Richelieu. Y vuelvo a sospechar del efecto que tiene la atmósfera de Galicia sobre ciertas molleras sensibles. Será el frío, la humedad o la puñetera y constante lloviznita. Lo cierto es que ya son muchos los nacidos en esa zona que poseen la manía de grandeza y la malanga a todo tren.

Entre ese nacimiento suyo casi en el último día del siglo XIX, el viaje a la Isla en un barco alemán y su arribo a esta tierra nuestra de desconciertos en 1913, hay para un folletín. Pero lo bueno vino más tarde. Se han escrito tantas versiones sobre el motivo de su tueste, que prefiero imaginarme que la parte sana solo fue un lapsus, y que todo tenía «malintención de hechura» o defecto de fábrica. No digo yo, con aquella aldea, el frío, el agua a todas horas. Que allí lo de contar ovejitas no es un remedio para el sueño. Es, como diría una emi- nentemente filósofa cubana, «en realidad de verdad» para no decir «literalmente».

Me imagino al niño solitario, enclenque, de nariz aguileña, llegando al ruidoso muelle de La Habana en el año tócate. Ese choque brutal de salitre y diversidad de colores. Y el aire límpido. Y el cielo azul turquí donde volaban los colibríes en alegres bandadas cantarinas (ya cuando el colibrí se convierte en zunzún, anda solo, no canta y le da lo mismo ocho que ochenta. Es un pájaro bastante paranoico). Y los olores, y los sabores. ¡Y los sonidos, gallego! Creo que la primera mulata que le pasó a tiro meneando el pudín con rica soltura, le desprendió la membrana de la realidad. No era para menos.

Así que vamos a dejar a un lado las causas y tengamos de cuerpo presente el cuerpo vivo del delito, es decir, cuando usted se puso un trapajo prieto, una capa medio de armiño con su tufo a naftalina, unos borceguíes carmelitas y dijo nananinajuanpescao a pelarse, bañarse y afeitarse, tres horrendas costumbres que la sociedad se empeña en mantener para tenernos en cintura. Ya bajo el sol irredento (encima de las cantarinas bandadas de multicolores colibríes ¿se acuerdan?), bajando por la calle Lamparilla con ese estalaje y soltar: «Soy de Lugo, la ciudad amurallada donde los moros no pudieron entrar, tierra del reino de León. Allí cazaba el rey Alfonso XII y a veces cazábamos juntos», creo que era una redundancia bastante desafortunada para que vieran que tenía el queso agrio. Con el disfraz bastaba. Y menos mal que le dio el pire por la Francia mosqueteril y suprimió la gorguera. Me asombra que no lo hubieran destoletado de una pedrada, con tanto risueño africano y tanto moro vendedor de alfombras a su alrededor.

Ya era usted el Caballero de París, el inquieto y venturoso caminante de la ciudad de La Habana, fachando flores en los jardines para regalar a los viandantes, que así se les decía antes a los que tenían acceso a las viandas aunque anduvieran a pie. Ya todo ha cambiado, pero se sigue a pie. Con una frase y un gesto amable a tutiplén para tuttili mondache, en una de las filosofías de «vive y deja vivir» que hemos ido olvidando en nuestra ferocidad cotidiana. Más que un D'Artagnan de empuje aventurero y tozudez gascona, un amable y sabio Athos des athado. O un Aramis de romántica pluma. Entre Bécquer y el Quijote, vaya, pero tirando para la soleada Provence. Y le confieso, entre nos, que eso fue lo que más trabajo me costó deglutir de su leyenda cuando le conocí de niño. No me entraba en el cagua lo de Caballero «de París» cuando usted tenía al hablar más zetas que El Zorro. Además, en aquella ingenua época de mi vida, en París vivía solamente Fantomas.

A la amable y silenciosa presencia se le sumaba el don de la ubicuidad, porque uno le veía en cualquier lugar, a cualquier hora y casi a la misma vez. Tanto fue así que hasta Barbarito Díez partió el bate con un danzonete de película, donde cuenta: «es un noble caballero que en televisión ganó/ y a los asilos donó porque no acepta dinero». Es decir, que su libertad pasaba por ser también insobornable. Hummm. Sin bañarse, pelarse, afeitarse, vistiendo sus diseños particulares y sin quemarse las manos con pasta, eso lo señala mucho. Y siempre con un gesto de respeto por la ciudadanía, una gentileza para con damas, caballeros y otros especímenes mixtos... Hummmmm. Por eso Barbarito sigue el retrato suyo con: «parece un filibustero legendario de un galeote/

con la barba de un Quijote y capa de mosquetero». Y luego de anunciarlo como a la pasta Gravy en el sabroso montuno de: «Mira quién viene por allí/ el Caballero de París», mete improvisaciones donde cuenta sus costumbres de esta manera: «una flor tan linda para ti y un saludo para mí».

Cuentan que, durante la Segunda Guerra Mundial, usted soltaba aquello de: «Díganle al emperador Hiro-Hito que yo soy emperador de la paz, que es más importante que ser rey». Con esa frase sola se puede hacer todo un tratado profundo sobre la parafrenia, que era, al final, el nombre de su padecimiento. Y todo indica, analizando ciertos casos de origen común, venidos de alguna manera de su tierra natal, que allí, en la neblinosa humedad donde nació, la parafrenia se da como la verdolaga. Esa declaración suya marcó un verdadero hirohito en su leyenda personal.

Y pasó rodando el tiempo, y usted cambiaba de domicilio según se actualizaba la ciudad. Pasó por Infanta y San Lázaro y se arrimó al Vedado, como para estar cerca del «último paradero». Allí, en la esquina de 12 y 23, fue usted el único *hippie* autorizado a hacer lo que le saliera del mosquete y se salvó hasta de Ana Lasalle, que era por esos años peluquera empedernida. Así lo vi de niño, cuando no recuerdo bien qué le dije con mi incauta y noble vocecita y usted me extendió, como se extiende un cheque, pero escrito *in situ*, con mano temblorosa y letra redonda de infante su lema del momento: *Dios, paz y Fidel*. Y yo regresé a mi casa guardando aquel tesoro, reventado de envidia porque nadie le obligara a jugar agua, lavarse las manos y cortarse las uñas, y la secreta y definitiva sospecha de que usted estaba como una cafetera, porque había mezclado tres cosas imposibles en su frase.

Luego me enteré de que el Athos había sido athado, porque era un fao a las mallas dejar la libertad rodar por la ciudad. Y fue internado en Mazorra entre disfrazados mimos. Allí dicen que le mandaron a confeccionar el uniforme en que se sentía cómodo, aunque no trago del todo. Solo conozco a un loco con el que tienen esas distinciones especiales. Es un caso raro, porque los demás lo imitan, cuando en psiquiatría suele pasar lo contrario.

Y ya después, la muerte, el 12 de julio de 1985. Dicen que había casi recobrado la lucidez, lo que me parece un crimen de tesa humanidad. El manicomio estaba, en realidad, fuera de las rejas del sanatorio. Y ahora le hacen una estatua. Homenaje más que merecido a una estampa que le dio lumbre, esplendor y magia a una ciudad de orates menores. Pero si vamos a empezar con el jueguito bronceo con todos los quendis, no va a alcanzar el material.

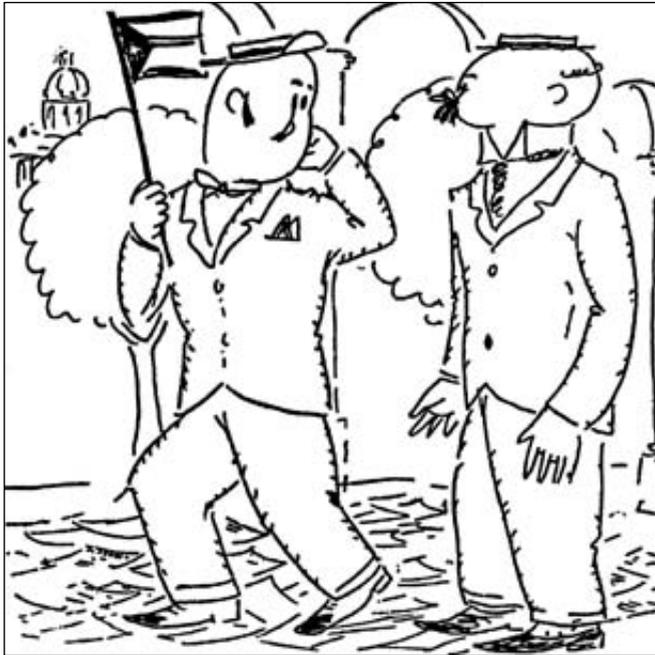
Habría que hacerle una al loco que inventó lo de la zafra de los Diez Millones de que Van Van. Y otra al que se le ocurrió «convertir el revés en victoria». Y también merecen monigote, aunque sea de yeso, el de los pedraplenes; el que importó tractores piccolinos y máquinas de hacer *frozzen*; el que agujereó los cimientos de la ciudad como un queso *gruyère* con lo de «los túneles populares»; el que ordenó sembrar café hasta en la jardinera de la tumba de los abuelos; el romántico que instauró la dulce costumbre de echar flores a un desaparecido héroe en el mar, en cualquier mar, aunque fuera el Mar de los Sargazos, el Llobregat o un pozo en los Urales; el que fabricó la inútil textilera

más grande del mundo en Santiago de Cuba; el de la ocurrencia de criar tilapias hasta en un cubo en el Escambray; el que comenzó a cruzar vacas de diferentes razas y rostros hasta que desaparecieron de la llanura; el de los «Cinco Picos», «los mejores van a Argelia» y la marcha de los 62 kilómetros como prueba de hombría y fe; y el que hizo una Feria Ganadera en el Pabellón Cuba justamente mientras se exponían tres Picassos durante el Salón de Mayo.

Demasiadas estatuas andantes en una ciudad que le cae encima del cráneo a cualquiera. Pero ahora me doy cuenta de que estaba hablando de un solo desquiciado. Más activo y más peligroso que usted, que incitaba a la paz y al recogimiento y a las amables maneras, y no al vocerío y la grosera parca. Y qué va, ahí no juego, allí fumé, porque sería una estatua interminable. Y, nuevamente entre nos, a nadie se le ha ocurrido encerrarlo, aunque tiene la mollera repleta de la humedad de Lugo, la ciudad amurallada. Y en esa mollera han entrado y salido los moros, los kirguises, los patagonios y hasta los indios jíbaros, que no han podido reducirle un ápice el cerebelo.

Me quedo con su amable estalaje, el danzonete y las gracias que daba al respirar su personaje,

RAMÓN



Todos

—¿Es decir, que ya todo el mundo está en la oposición...?!

—Hombre, todos no! Falta uno...

Abela